





mo son vistas y observadas por todos, inútil sería numerarlas. Ello es cierto que la concupiscencia de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida usando de las palabras del evangelista san Juan, es lo que vemos pasear en triunfo por las calles con todas las consecuencias que necesariamente se siguen á un desman tan atroz. Los padres solo cuidan *generalmente hablando* de que sus hijos lo pasen bien en esta vida, que tengan riquezas de que disponer sin cuidar á la vez de dejarles virtudes que imitar, como pudieran y debieran hacerlo. Los divorcios ó separaciones matrimoniales son mas frecuentes que nunca, y muchos ya que no se separan de un modo público, viven como si separados estuvieran entregados cada cual á sus antojos y caprichos sin atender á lo sagrado del Sacramento, en virtud del que se unieron, ni cuidarse de los escándalos que con su vida relajada ocasionan. Quien hay tambien que sin consultar á su mérito propio, sino solo su ambicion se apodera por medios ilícitos de puestos destinados á la justificacion y al talento, y vende ó sacrifica, segun mejor le viene al pobre que tiene la desgracia de acudir á él, á causa de algun acontecimiento inevitable. En pocas partes pondremos el pie que no tropecemos ó sintamos al menos los miasmas pútridos harto indicantes por sí mismos de la general corrupcion. Y siendo esto así, como lo es, ¿es posible que no hagamos diligencias para alejar de nosotros tan pestífero mal? Pues que ¿tan poco vale nuestra vida? ¿No merece mas nuestro porvenir? Dotados, como estamos, de tan nobles cualidades como nos atestigua nuestra misma alma ¿será posible que permanezcamos en la inaccion, sin querer buscar el remedio para esterminar el mal que á la sociedad devora? No sea así, hermanos míos: Dejemos en sus tinieblas á los que de asiento quieren vivir en ellas, y sigamos nosotros la luz con que nos guia la religion que como cristianos profesamos. Ella nos sacará á salvo de este mundo corrompido, y nos conducirá á nuestra verdadera patria en que nos esperan nuestros padres y amigos para colmarnos de felicidades. Solamente siguiendo esta luz divina, es como podemos librarnos del comun contagio. Ya entenderéis, mis amados, que hablo de la fé que nuestro Redentor Jesus, nos ha encargado tanto que tengamos para poder ser tenidos por hijos de Dios, segun dice san Pablo á los Galatas (1). Todos sois hijos de Dios por la fé en Jesucristo. Pues todos los que habeis sido bautizados en Cristo estais revestidos de Cristo. Y ya no hay distincion de judío ni griego, ni de siervo, ni de libre, ni tampoco de hombre ni mujer, porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. Si, mis amados, todos los que hemos tenido la dicha de reci-

(1) Cap. 3, v. XXVI y siguientes.

bir el Santo Bautismo y profesar la religion católica, somos miembros del cuerpo cuya cabeza es Jesucristo: pero es necesario procurar no solo conservarnos unidos, sino vivos; que no nos separen de este cuerpo místico por miembros inútiles ó perjudiciales, sino que siempre tengamos la aptitud y energía que corresponde tener. Así sucederá mientras tengamos aquella fé viva que penetrando los cielos llega hasta á adorar al Altísimo en su trono; de aquella fé que es el principio de toda obra buena, y sin la que nada bueno puede haber; de aquella fé, cuya falta es la causa de tantos males, de tantos escándalos, de tantas injusticias que lamentamos. No nos hagamos ilusiones, católicos; todo lo que sea apartarnos del camino que Dios por su bondad infinita nos ha marcado, es aproximarnos á los precipicios ó derrumbaderos que llegan hasta el abismo; y desgraciado del que se aparta, porque como camina sin luz y el camino es tan escabroso, hace que su caída sea inevitable y sea cierta su perdicion. No lo dudeis, señores, la falta de fé, el abandono de la religion, es el principio de que procede la general corrupcion que observamos; opongámosla, pues, la religion y la fé, y conseguiremos, sino esterminarla de todo punto, al menos muchas ventajas obtendremos sobre ella, preservándonos á la vez, y á muchos de nuestros hermanos, de ser víctimas de un contagio tan fatal. Ved ya descubierto todo mi plan en este día. Si; la fé es necesaria para salvarnos. El abandono de la fé es la causa de todos los males. Tengo propuesto.

Mis amados: Que la fé sea necesaria para salvarnos, es verdad tan fuera de duda, que el Apóstol san Pablo en su Epíst. á los Heb. cap. II, v. 6, dice espresamente, «que sin fé es imposible agradar á Dios, por cuanto, *añade el mismo*, el que se llega á Dios, debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan.» Todos estamos obligados á agradar á Dios; es, pues, indispensable confesar, que todos estamos tambien obligados á tener fé. Y he aquí porque con verdad se dice que el cristiano está obligado cuando llega á tener uso de razon á saber lo que ha de creer; y como para conseguir la salvacion, los que somos ya adultos, no solo debemos creer, sino que tambien tenemos que orar, obrar y recibir; de aquí es, que tambien estamos obligados á saber qué y cómo hemos de orar; qué y cómo hemos de obrar; y qué y cómo hemos de recibir, para agradar á Dios.

Notad, cristianos, que digo, «y no porque arbitrariamente quiera yo decirlo, sino que es nuestra Madre la santa Iglesia quien lo dispone así, porque así lo manda Dios» que el cristiano está obligado: no se dice,



que será bueno ó que le convendría saber, sino que se le marca un deber sagrado, y tan necesario, que si falta á él, incurre en la indignación de Dios y se condena miserablemente. Meted ahora la mano en vuestro pecho; consultad con vuestra conciencia y conoceréis si sois objeto de amor ó de odio para con aquel Señor que nos ha impuesto esta obligación. Mas claro: si sabeis y obráis con arreglo á lo que estamos obligados á creer, orar, obrar y recibir, sin duda que sois amados de Dios y por hijos os reconoce; pero si ni sabeis ni obráis al tenor de esta obligación, desde luego estad seguros, que vuestro estado es lastimoso, y cierta vuestra condenación si en él os sorprendiera la muerte.

Ni creais, señores, que al exigir á todos los cristianos que tienen uso de razón, el cumplimiento de la obligación enunciada, se manda que todos seamos doctores de la ley. Nada menos: lo que se manda es sencillísimo en sí mismo y muy fácil de aprenderse. Sabiendo el Credo ó los Artículos de la fé, ya se sabe lo que se ha de creer. Sabiendo el Padre nuestro, el Ave-Maria, la Salve, el Yo pecador, el Señor mío Jesucristo y otras oraciones usadas en la Iglesia para pedir á la santísima Virgen, á los ángeles y á los santos que interpongan su mediación y valimiento para con Dios, ya sabemos lo que hemos de orar: sabremos también lo que hemos de obrar, sabiendo los mandamientos de la ley de Dios, los de la santa Madre Iglesia y las obras de Misericordia. Por último, sabremos lo que hemos de recibir, sabiendo los sacramentos de la santa Madre Iglesia. Ved si es bien fácil aprender todo esto de memoria. Fácil, facilísimo es por cierto; la dificultad está en hallar quien lo enseñe y quien quiera aprenderlo. Oid lo que sobre esto dice el Señor de Mazo en su catecismo explicado, que ha merecido la aprobación general (1). «El niño cristiano, cuando llega al uso de la razón debe ya saber y entender con proporción á su edad y capacidad la divina religión que profesó en el Bautismo y que está comprendida en estas cuatro cosas; creer, orar, obrar y recibir. Hasta los siete años pueden entender poco, pero desde los tres pueden aprender mucho, porque la memoria se adelanta mucho á la razón. Por eso los padres y maestros deben hacer que los niños aprendan en este tiempo de memoria el catecismo, para que cuando llegue el uso de la razón, puedan entender la explicación que se les haga de la doctrina que han aprendido. ¿Pero habrá quien se la explique? Los padres, hablando generalmente, necesitan ellos mismos de su explicación: los maestros, no habiendo hecho un estudio científico de la religión, apenas pueden salir de lo que dice el catecismo sin peligro de es-

(1) Fol. 12 y siguiente.

traviarse: los párrocos, que por su estudio y ministerio pueden y deben hacer estas explicaciones, suelen omitirlas, unas veces por ocupaciones mas urgentes, y comunmente porque no hay á quien hacerlas: la mayor parte de los padres, descuidando este punto esencial de la crianza cristiana, ó no envían sus hijos á estas explicaciones, á las que debieran asistir ellos mismos y tenerlos á su lado, ó envían á aquellos que por su niñez no son capaces de ellas, ó que siéndolo, ignoran hasta lo principal del catecismo, con cuyo motivo los párrocos se encuentran en la precisión de ocuparse en enseñar la doctrina de memoria en vez de explicarla; de donde resulta, que por lo comun no hay quien enseñe al cristiano desde que entra en el uso de la razón, que es cuando mas lo necesita porque no hay quien le explique y haga entender la divina religión que profesa. ¡Y quién podrá numerar los males que de aquí se siguen! Todos los sabios convienen en que la pérdida de la fé en esos hermosos reinos que dieron tantos justos á la tierra, y tantos santos al cielo, consistió en la ignorancia de los pueblos. Lutero, Calvino y los demas monstruos que la extinguieron en ellos, nada habrían conseguido, si los pueblos hubieran estado instruidos en la divina religión que profesaban. No extrañemos, católicos, que haya tan poca fé y tanta corrupción de costumbres en el cristianismo. Se ignora la religión y esto basta.» Falta el guía al ciego ¿cómo no ha de caer en la olla?

Y qué: ¿querremos nosotros, mis amados, ser ciegos y despeñarnos, ó ser devorados por las mas feroces fieras? ¿Será justo, anteponer la muerte á la vida, la enfermedad á la salud, el hambre y la sed á la inocente hartura y abundantes y dulces aguas, conque la religión nos convida? No: y mil veces no. Pues con esta injusticia, con tanta imprudencia proceden los que de todo cuidan, menos de instruirse en las cuatro cosas, que como he dicho, todos estamos á saber; y no á saber precisamente de memoria como pudiera saberlo un papagayo, sino que es necesario poner los medios segun la disposición de cada uno, para comprenderlo lo mejor que le sea posible y arreglar su vida segun las máximas y doctrina de la religión. Se trata, señores, nada menos que de la salvación de nuestra alma, y todo cuanto hagamos es poco para lo que se merece este negocio el mas importante de todos cuantos podemos tener. Porque ¿de qué nos serviría ganar y posesionarnos aunque fuera de todo el mundo, si despues nos condenáramos por toda una eternidad? Abramos, pues, las puertas de nuestro corazón para que en él entre la luz de la fé divina y disipe con sus resplandores las tinieblas del error. De este modo iluminados veremos y distinguiremos, sin temor de equivocarnos, el camino que conduce al cielo, y el que termina en el infier-



no. Esta luz hace que veamos las cosas como en sí son, démosla cabida en nuestra alma, sin descuidar el orar, obrar y recibir.

Tratar, señores, de todas estas cosas, ó mejor dicho, querer demostrar en un solo discurso como el que yo ahora estoy formando, todo lo que el cristiano debe saber, y cómo lo debe entender, es pretender imposibles; por ahora baste decir, que antes que todo, es la fé. No hablo de aquella fé sola, por la que creemos que Dios es uno; «tambien lo creen los demonios», dice el Apostol Santiago (1), y se estremecen,» sin que ninguna utilidad saquen de su fé: sino que la fé porque yo clamo, es aquella de la que san Pablo escribiendo á los romanos decia (2): «Doy gracias á mi Dios por medio de Jesucristo... porque nuestra fé es celebrada por todo el mundo. Y no estriba en el saber de los hombres (3), sino en el poder de Dios. Si: su principio tiene en el mismo Dios y el que la posee se desposa, usando la espresion de Oséas (4) con él. «Entonces será, dice el Señor, cuando yo escuche benigno á los cielos y estos escuchén á la tierra; y la tierra atenderá á dar el grano, el vino y el aceite; y estas cosas atenderán ó consolarán á Israel:» esto es, dicen los sagrados espositores á la nueva semilla de los hijos de Dios; á los cristianos que creen y viven segun la fé y doctrina que Jesucristo Redentor nuestro nos enseñó: bien diferente por cierto de la que el hombre por sí solo pudiera aprender. «Hay unos conocimientos, dice el señor de Mazo (5), que llamamos naturales, porque están dentro de los límites de la naturaleza. Estos son los que adquirimos por los sentidos, viendo, oyendo, oliendo, gustando y palpando las cosas. Hay otros que llamamos sobrenaturales, porque están sobre los límites de la naturaleza. Nuestro entendimiento, siendo una chispa de la luz divina, hace prodigios en el pais de la naturaleza; registra, penetra, compara, discurre, infiere y llega á adquirir en él vastos y profundos conocimientos; pero no puede salir de él. Hay otro pais sobre el de la naturaleza, mas estenso sin comparacion y mas maravilloso; y este pais es el de la fé. Aquí ya no puede penetrar nuestro entendimiento por mas claro y agudo que sea. ¿Qué entendimiento penetró jamás los cielos, y registró las riquezas de la gloria? Las cosas de Dios solo Dios las sabe, y aquellos á quien quiere revelarlas. Los grandes talentos que ensoberbecidos con los conocimientos de las cosas naturales han querido sujetar á sus cálculos y medidas las cosas sobrenaturales, esto es,

(1) Ep. gal., cap. 2, v. XIX.

(2) Ep. ad rom., cap. 1, v. VIII.

(3) Id. ad corint., ep. 1., cap. 2, v. V.

(4) Cap. 2, v. XX y siguientes.

(5) Fol. 19.

las verdades de la fé, han caido oprimidos bajo el peso de su grandeza (1), porque el talento, sea cual fuere, nunca pasa de ser una luz natural, y la luz natural no es la fé. No es aquella luz que durante nuestro destierro, nos descubre las cosas sobre naturales, que Dios se ha dignado revelarnos. No es aquel don celestial que sirve de fundamento ó es el primero de todos los dones en orden á nuestra salvacion. No es en fin aquella virtud divina que Dios infunde en nosotros, y que nos inclina y lleva á creer todo lo que Él mismo ha revelado á la Iglesia.» Esta luz es la que necesitamos, y esta es la que trae consigo la fé, cuya ausencia echamos de ver en la generalidad de los cristianos, y hé ahí porque son tan pocos los buenos, y tantos y tantos los malos. «Si tuviereis fé, dice Jesucristo por san Mateo (2), aunque no fuese mas que como un granito de mostaza, os aseguro, que podreis decir á este monte: trasládete de aquí allá, y se trasladará; y nada os será imposible.» Convengamos, pues mis amados, en que la fé es necesaria para salvarnos y que siendo, como es, el principio de toda obra buena, quien no la tiene, nada bueno puede hacer. Sentada esta base, fácilmente deducireis que la causa de todos los males es el abandono con que se mira por la generalidad de los hombres, este medio necesario. Y efectivamente: ¿qué puede esperarse de quien no tiene fé? ¿De quien no conoce á Dios como autor de la gracia, y que por lo tanto ni le adora, ni le ama? ¿De quien ninguna religion tiene? ¿De quien obra, no por amor á la virtud, sino por el interés propio que puedan reportarle las acciones que haga? Quienes así proceden ni aun para sí mismos son buenos, mucho menos lo son para sus semejantes. No son buenos para sí mismos, porque reconocido por los demas el egoismo que les domina, les abandonan y se ven aislados cuando llegan á necesitar de socorro: no son utiles á sus semejantes porque como no tienen religion, desprecian los lazos de caridad con que aquella nos estrecha á todos haciendo que amemos á nuestros prógimos como á nosotros mismos. Ved ya, mis amados, demostrado el origen de que todos los males proceden, de la falta de fé y religion. Dadme un hombre de fé, un hombre que sea verdaderamente religioso, y los mismos impíos habrán de celebrarle indispensablemente por útil á la sociedad misma. Dádmele inmoral ó sin religion, y los impíos mismos se burlarán de él echándole en cara su poca importancia. Tal es, señores, el respeto y aprecio que consigo lleva la virtud, y tal tambien el vilipendio propio de la impiedad. Ni hay para que dudar de esta verdad. Todos los dias se nos presentan ejemplos que la evidencian. ¿Cuántas veces hemos

(1) Prov. XXVX. XVII.

(2) Cap. 17, v. XIX.



visto caer de los puestos mas elevados, segun el mundo, á sugetos que sin violencia pueden aplicárseles las máximas que acabo de indicar? ¿No los hemos visto cuando nada eran, aparentar mucha virtud y patriotismo; y luego que fueron lo que tanto ansiaban, solo se ocuparon de enriquecerse sin reparar en los medios? ¿Y por qué? Porque no tenían fé ni religion, porque el que ni fé ni religion tiene, no puede hacer nada bueno; porque el impío solo cuida de sí mismo, y creyendo cuidase á sí, ni aun para sí mismo es útil, mucho menos para los demás, por las razones que ya antes he indicado.

No seamos así nosotros, mis amados: tengamos fé, esto es, creamos cuanto Dios nos ha revelado, y la santa Iglesia nos enseña, sin meternos á escudriñar los designios del Altísimo, porque sobre ser imposible al hombre dotado de un entendimiento tan finito y limitado, le está prohibido el querer ó intentar comprender los inescrutables juicios de Dios, y manifestaria con este solo hecho que ninguna fé tenia, puesto que la fé es creer lo que no hemos visto, y el que tal hiciera ó intentara queria ver, para creer, y esto envuelve contradiccion. «Los judíos vieron á Jesucristo hombre, pero no le creyeron Dios. Los apóstoles (1) y discípulos le vieron hombre y le creyeron Dios. Nosotros ni aun le hemos visto hombre, y le creemos hombre y Dios. Creemos que nació de Santa María virgen, que vivió y conversó con los hombres, que predicó el reino de los cielos, que padeció y murió por redimirnos, que resucitó al tercer día, que subió á los cielos á sentarse á la diestra de su eterno Padre, de donde habia venido» y desde allí vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, es decir, á los buenos y á los malos, y premiará á los unos y castigará á los otros.

Nada de esto hemos visto y sin embargo los cristianos lo creemos porque Dios nos lo ha revelado con otras muchas cosas que contienen las Sagradas Escrituras y tradiciones divinas sobre las que el mismo Dios ha puesto su sello, que son los milagros y las profecías, para que nadie pueda dudar de su verdad. A ellas se referian los judíos cuando le preguntaban, quien era segun nos dice el Evangelio... (*Aquí puede el orador si le pareciere oportuno, etc.*) ¿Y qué mucho que digieran, si era el profeta que esperaban? Abundaban en datos para creer el contenido de sus libros sagrados, y segun ellos el Mesias debia haber nacido por aquel tiempo.

Asi era en realidad de verdad, pero los judíos no le conocieron; No

(1) *Mat., fol. XXI.*

nos suceda así á nosotros, mis muy amados, *oyentes!* En medio de nosotros está el Señor, abramos los ojos de la fé y no solo le veremos, sino que oiremos y aprenderemos su santa doctrina para arreglar á ella nuestra conducta en esta vida, á fin de poderle adorar, bendecir, y amar por siglos eternos en la mansion hermosa de la gloria. *Amen.*

